

Subjetividad y Poder en el Espacio Psiquiátrico

Francisco Rodríguez*

Resumen

Esta investigación plantea la posibilidad de ver al discurso y a la institución psiquiátrica como un dispositivo de poder que generan un proceso de reconstrucción de la subjetividad del paciente (y por extensión de la familia) sobre la base del estatuto de espacio de control disciplinario y discurso de autoridad que estas estructuras comportan.

La estructura del sí mismo, siempre mediada por el otro del poder y del saber, es reconstituída en el espacio psiquiátrico a partir del carácter de racionalidad científico-técnica que está a la base del discurso psiquiátrico y que deviene por este motivo en un principio de razón instrumental. De esta manera, tanto la subjetividad como el «mundo de vida» del paciente, son colonizados por el sistema de la razón psiquiátrica erigida como discurso de autoridad médico-científica. Se consuma así un proceso de objetividad del «loco» y de la «locura» por cuya razón dejan de pertenecer al mundo del lenguaje para pasar a ser

*Sociólogo. Doctor en Ciencias Sociales. Profesor en la Facultad de Medicina del Núcleo de Ciudad Bolívar. Universidad de Oriente.
e-mail: rodfran@telcel.net.ve

objetos exclusivos de la competencia de la ciencia y la técnica.

Términos Claves: Subjetividad, poder y psiquiatría

Abstract:

SUBJECTIVITY AND POWER IN THE PSYCHIATRY SPACE

This research contemplates the speech and the psychiatry institution as a power device generating a reconstruction process of the patient subjectivity.

The itself structure, mediated always by the “another of the power and knowledge”, is reconstituted in the psychiatry space from the scientific – technique rationality that is on the base of the medical speech and which becomes a principle of instrumental reason. This way, subjectivity as well as the patient “world of life” are **colonized** by the psychiatry reason system. In such a way, a process of patient transformation is produced and the “madness” and the “**lo**” are not in the world of the language anymore and are now subject of the technical rationality.

Key Words: Subjectivity, power and psychiatry

Introducción.

La implantación de una subjetividad, en cualquier campo, corre paralela a los procesos que dependen del poder y el saber, en tanto relaciones intersubjetivas que definen las coordenadas espacio-temporales dentro de las cuales es posible pensar el transcurrir de la vida humana. Implica la elaboración de un texto de una complejidad tal, que remite a una red de semiotizaciones sociales y a una cadena compleja de relaciones de fuerza que en definitiva es lo que constituye la vida social, en tanto proceso determinado por la multiplicidad de los tiempos vividos y de los códigos que generan las representaciones y las simbolizaciones, que a su vez engendran el tejido de lo vivido individual y colectivo.

Este particular modo de producción de reglas que permiten la distinción entre lo falso y lo verdadero, lo normal y lo patológico, lo bueno y lo malo, es lo que conocemos como el episteme. Matriz de gramáticas de producción y reconocimiento de sentido, que en cualquier sociedad cumple la función de constitución de subjetividades,

discursos, actores y espacios en general.

I. Subjetividad, poder y lenguaje.

Representaciones (simbólicas y cognitivas) y relaciones de fuerza, constituyen los insumos básicos a partir de los cuales se genera la intersubjetividad que a su vez se resuelve en términos de reproducción de un dispositivo institucional del “sí mismo” que garantice la “puesta en escena” del drama social en cuestión; llámese, escuela, cárcel, hospital o manicomio.

Las representaciones encarnan procesos signados por la complejidad y no sólo como hecho cognitivo podemos comprenderlas, puesto que constituyen relaciones de poder al interior de la subjetividad. En este sentido, tendremos relaciones de complejidad que se establecen entre subjetividad, poder y lenguaje.

Este tipo de relaciones tienen que ver con una particular manera de constituir la experiencia de dominio del campo específico dentro del cual se producen (y reproducen) sujetos. En el caso específico del espacio psiquiátrico, el modelo normal-patológico remite a una racionalidad cognitivo-instrumental que define la experiencia de dominio del campo de la locura por oposición al campo de la normalidad y que finalmente se resuelve en un proceso de objetivación del loco y de la locura (Foucault, 1986), como aprioris epistemológicos de la constitución del objeto, y por tanto susceptible de aprehensión científica (objetivación) y finalmente, de la constitución del sujeto-devenido en objeto (subjetivación).

La realización de la experiencia del “sí mismo”, tanto como la del “otro” y del mundo en general, en este espacio, transcurre en el marco de una razón metódica (científico-técnica) que se erige en el “régimen de verdad” (Foucault, 1989), establecido como “principio de realidad”. “Régimen de verdad” que a su vez permite la elaboración de “técnicas de verdad” que concluyen finalmente en una “hermenéutica de la subjetividad” concretada en el sistema de “técnicas de sí mismo” que le permitirán al sujeto insertarse en el modo de reproducción dominante de la subjetividad.

Este dispositivo define como operador del sistema a las “técnicas de sí mismo”, en tanto que su gramática discursiva (lógica de sentido) la constituyen las “técnicas de verdad”; las cuales emanan de la razón psiquiátrica, como paradigma dominante en este particular campo de prácticas sociales.

Así, de este modo, se produce un proceso de colonización del "mundo de la vida" (Habermas, 1990) por el sistema de la razón psiquiátrica al ser reinstalado el concepto de mundo perdido a causa de la enfermedad, a propósito de la racionalidad científico-técnica que fundamenta el paradigma del "naturalismo objetivista" que viene a llenar el vacío dejado por la "anomia epistémica" que la locura significa.

Este modo general de conocer (episteme) implica la restauración de un modo de producción de reglas que permiten distinguir lo normal de lo patológico - más que el concepto moral de lo bueno y lo malo - pero contiene también un modo de producción y de realización de sentido de la experiencia de sí, de los otros y del mundo, que es subsidiaria de un imaginario de racionalidad técnico-instrumental al interior de la subjetividad, como objeto de conocimiento e intervención.

Hablamos de un proceso de racionalización de la subjetividad, que contiene las claves cifradas de la lógica de la razón cartesiana-newtoniana, en términos de un logocentrismo que penetra hasta el inconsciente, para desde ese lugar generar "el dispositivo de subjetividad" que garantice la reproducción de las estructuras de esa gramática de producción discursiva.

El discurso de la razón psiquiátrica, opera sobre la base de un código que fundamenta una matriz epistemológica de profunda raíz cartesiana-newtoniana que se resuelve en un sistema de técnicas de verdad. Categorías de realidad, verdad y racionalidad; constituyen los temas predilectos de una lógica profundamente logocéntrica, a propósito de las vías que le permiten a la subjetividad volver a establecer el diálogo con el sí mismo, los otros y el mundo en general.

Se trata de una suerte de razón kantiana que se resuelve en un sistema de aprioris metafísicos (realidad, racionalidad, verdad e identidad) que fundan pretensiones de verdad, de adecuación normativa y de veracidad de lo que para esta lógica estructural (razón psiquiátrica) es lo que se considera como racional con respecto a temas como: lo que existe en el mundo, quién soy yo y como debo pensar, y quiénes son los otros y cómo debo comportarme ante ellos.

El diagnóstico y la terapia, constituyen las estrategias fundamentales, a propósito de las cuales se definen y establecen pautas normativas en términos de técnicas de verdad que se convierten en estilos cognitivo-vivenciales para el sujeto psicótico y la familia, como extensión simbólica, real e imaginaria de la subjetividad enferma. El diagnóstico, supone un proceso de rotulación y etiquetamiento, que conduce a la estigmatización como resultado final de la representación cognitiva y simbólica de la psicosis como un

status de “hiperdesviación patológica” que evoca simbolizaciones (y relatos) monstruosas del loco y de la locura.

La denominación de ese status no constituye un evento sin importancia en la dinámica existencial del enfermo, sino un hecho vital de carácter central, pues la asunción de la subjetividad se va a hacer desde esta posición.

La terapia constituye el lugar social desde donde la elaboración de un discurso prescriptivo es posible, pues significa la puesta en práctica de una voluntad correctiva (disciplinaria y canónica) orientada a traer a sus cauces, a las aguas desbordadas. Un conjunto de rituales terapéuticos, impregnan la atmósfera de la vida cotidiana del paciente, constituyéndose en un universo paralelo y sustitutorio de las estructuras del “mundo de la vida” de éste.

Esta conciencia prescriptiva encuentra su traducción a nivel de la subjetividad, en un conjunto de técnicas disciplinarias que a su vez se concretan en “tecnologías del yo” (Foucault, 1989), las cuales configuran el arsenal que desde la interioridad misma va a constituirse en el “dispositivo de subjetivación de la dominación por parte del aparato psiquiátrico.

De esta manera se diseña desde la subjetividad, un “sistema de habla imperativa” - órdenes y mandatos- que se resuelven en “actos de habla perlocutorios” (Habermas, 1989). Un sistema que interpela al sujeto desde el lugar del miedo a la exclusión que la desviación patológica anuncia con su cortejo de secuelas de simbolizaciones en torno al imaginario colectivo dominante de una sociedad, cuyo “principio de realidad” es la adaptación en términos de un “ideal de realización exitosa” o de una subjetividad performativa.

II. Razón performativa y enfermedad

En una sociedad donde la racionalidad normativo-valorativa está centrada en la adaptación a propósito de un sistema de competencias lingüísticas asociadas al imaginario de una lógica del éxito-fracaso, la ausencia de estas capacidades significan una situación de horror máximo; esto es la exclusión fundamental que la locura emblemata. Se trata de una subjetividad que ha fracasado en el intento de mantenerse sana y por lo tanto deberá someterse a los designios de una razón triunfante que personifica el terapeuta como expresión de la racionalidad absoluta. Esta toma de distancia de lo irracional que el terapeuta realiza, no lo hace a título personal,

sino en tanto constituye la “encarnación de la razón tecnocrática”. La “ausencia de razón”, encuentra en el pensamiento discursivo-tecnocrático, el método (camino) para regresar a la “realidad” de la cual se ha apartado el loco, adaptándose así a la estructura de lo “normal”, en tanto “acto de habla lingüísticamente competente”. Esto es, adecuación de la subjetividad individual desviada patológicamente, a los “mundos de vida” subsidiarios de un sistema que hace énfasis en la adaptación en base al concepto de una performatividad fundamentada en dos propiedades cardinales: capacidad para un desempeño exitoso en el mundo del trabajo y competencia para acceder al mundo del consumo. La adecuación del sujeto enfermo a las expectativas institucionalizadas de “los otros significativos” (terapeutas, familia, etc.) dependerá en buena medida del cumplimiento de los prerequisites funcionales que establecen el mundo del trabajo y el mundo del mercado. La integración social se hace subsidiaria de la racionalidad técnico-instrumental, en tanto lógica que privilegia imperativos sistémicos, más que “relatos acerca del mundo de la vida”.

No es en el “mundo de la vida”, donde el sujeto debe buscar legitimidad a su status de hombre sano, puesto que es en ese campo donde surgió la patología, sino en los predios de una razón técnico-instrumental que establece los términos en los cuales una racionalidad normativa diseña el dispositivo que permite el modo de producción de reconocimiento normal-competente. Más que un sistema de habla, es necesario dominar un dispositivo de adaptación que hace énfasis en la capacidad o no de disponer de los códigos de una racionalidad instrumental, que define los mecanismos por los cuales se accede al proceso de la integración sistémica.

Pertenecer a una comunidad de habla que se fundamenta en el intercambio lingüístico como vía para establecer acuerdos intersubjetivos (no siempre racionales), es secundario a la hora de definir si uno está loco o no; puesto que más importante sería ver si el sujeto es competente para ingresar a los circuitos de producción y mercado. Se trata de una mirada transida de dolor y compasión, la mirada de la psiquiatría, por la incapacidad de la locura para la reproducción de las estructuras de sentido que el dispositivo de la producción para el mercado, involucra.

Esta lógica actúa como racionalidad normativa para el sujeto normal, conduciéndolo a situaciones de conflictividad por la inadecuación que genera el autoreconocerse como incapaz de acceder a los códigos de un lenguaje cifrado en claves de competencia técnica para ingresar a los circuitos efectivos de la adaptación normal

cifrados en claves de poder y mercado.

III. Experiencia de sí, del otro y del mundo desde el lugar de la razón psiquiátrica.

Lo social no puede ser otra cosa que relaciones e interacciones entre sujetos a partir de la experiencia y de las estructuras simbólico-cognitivas que la soportan. No obstante, esa intersubjetividad es también relación intrasubjetiva en el entendido que el sujeto se constituye y es constituido desde el lugar privilegiado de la relación con el otro, en sí mismo. El otro del deseo, el otro del poder y la dominación; en fin, el otro del lenguaje. El yo está siempre habitado por los "múltiples otros" que determinan nuestra existencia, de tal manera que nuestra subjetividad no es más que la historia y el modo como se posiciona el otro en nosotros. Tiene que ver con la manera como las estructuras sociales y culturales, en tanto estructuras de significación, así como la historia de vida (de un individuo o de un colectivo), troquelan la subjetividad (individual o colectiva), configurando un inconsciente colectivo o societario, una identidad y un talante, en un momento histórico-subjetivo determinado.

La idea de un mundo como espacio en donde tienen lugar estas experiencias, vincula la subjetividad con un referente que realiza la triangulación del proceso que se expresa en las relaciones entre el sí mismo, el otro y el mundo. Estas son relaciones de complejidad que denuncian procesos de recursividad (Morin, 1996) inherentes a la manera como se produce el intercambio entre estas instancias. Así tenemos que, es un escenario de incertidumbres e incertezas, lo que define este intercambio, pues no sabemos que es primero y que segundo. No obstante, desde un enfoque de tipo genealógico de la subjetividad, y haciendo un corte en función de un análisis hermenéutico-simbólico, podríamos decir que a partir de una visión del mundo (que también es la visión del otro), que toma cuerpo en el otro del lenguaje y del poder, el sí mismo se constituye como objeto para el yo, quien lo define como una instancia propia. Desde las estructuras más subyacentes que configuran el modo más general de pensar y conocer (episteme), se estructuran los paradigmas con los cuales se produce el proceso de objetivación (construcción del objeto) y de subjetivación (construcción del sujeto). El proceso de objetivación constituye objetos de conocimiento y pensamiento en el mundo, a partir del episteme; mientras que el proceso de

subjetivación constituye sujetos, vale decir, modos de definir el sí mismo como objeto para el yó, a partir de la construcción de sentido que el régimen social de saber y de verdad, realiza. El modo de producción de subjetividad, y por lo tanto de reproducción, supone como condición previa, una intersubjetividad epistémica: vale decir, una relación del sí mismo con el otro, en términos del circuito saber-poder.

Relaciones de producción de conocimientos mediadas por el lenguaje y el poder, así como por el deseo, que es desde siempre, deseo del otro. Una preasignación de roles, de acuerdo a un guión social, previamente estructurado, me constituye como sujeto en un escenario que no puede constituirse más que en relación a lenguaje, poder, saber y deseo como insumos básicos del proceso de subjetivación.

De este manera, tenemos que es a través de la interpelación del sujeto, como las estructuras de subjetivación dominantes definen la "puesta en escena" de la subjetividad concreta. Así tenemos que preguntas cardinales como ¿Quién soy Yó?, ¿De dónde vengo?, ¿A qué mundo pertenezco? Y ¿Cómo debo relacionarme con el mundo, con el otro y conmigo mismo?, constituyen los nudos críticos a partir de los cuales, se produce el emplazamiento de la subjetividad.

La experiencia del mundo, del otro y del sí mismo, se alimenta básicamente, de la manera como los dispositivos de subjetivación, en cada sociedad determinan el modo de plantear estas interrogantes cardinales, y por supuesto el modo de responderlas. El mundo como "polis", el otro como parte integrante de esa estructura y la verdad en tanto belleza y virtud; determinaban la manera como el griego antiguo se planteaba y respondía estas interrogantes y explica un modo de producción y reproducción de la subjetividad en términos de ciudadano virtuoso y bello, fundamentado en la verdad que constituía el ethos social-nacional. Igualmente el mundo experimentado como un universo individualizado y racionalmente estructurado de acuerdo a espacios sólidos monadizados, el otro como un competidor y él si mismo visto como una estructura particular independiente del medio y autosuficiente; configuraban el modo de estructuración de estas instancias en la sociedad liberal-moderna.

Para la subjetividad individual, las estructuras del mundo y de las relaciones con el Otro, son previas a cualquiera experiencia; sin embargo, estas estructuras suponen de suyo un modo ya

pautado de estructurar la subjetividad, vale decir, un modo de producción y reproducción de la manera como se define al sí mismo y sus relaciones con el yó. No se trata de un modelo de subjetividad finalizada, como en el caso de la Modernidad, sino de una estructura significativa dentro de la cual tiene lugar la experiencia. Una manera de realizar la experiencia de sí y de atribuirle sentido, está implícita en el modo como se estructura el mundo y las relaciones con el Otro (Ricoeur, 1996).

En el episteme de la neomodernidad, el sí mismo aparece como un objeto objetualizado para el yó, pues responde a la racionalidad objetivante, propuesta por la ciencia y el mercado en tanto estructuras hipostasiadas y por lo tanto susceptibles de ser aprehendidas con los instrumentos que la conciencia neopositivista ofrece al sujeto para su abordaje. La subjetividad se conforma así entonces en torno a procesos de desligamiento del sí mismo con respecto a un cosmos y a sus lazos de pertenencia, luego se configuran en relación a estructuras micrológicas como son la familia restringida y el grupo primario muy reducido. De tal manera que lo que ocurre es un proceso de individualización de la subjetividad que desencadena otro proceso como es el del desarraigo estructural que está a la base del modo como se constituyen las relaciones entre el individuo, el grupo y la sociedad en general como estructura amplia. La excesiva focalización afectiva del individuo en la familia restringida como prácticamente único grupo de pertenencia, representa el rasgo central de estructuración de la subjetividad en la sociedad contemporánea. En torno a una separación y pérdida de las relaciones de pertenencia con respecto al Otro y al mundo en general y por lo tanto en función de un proceso de disyunción fundamental, es como se realiza paradigmáticamente, la experiencia del sí mismo en nuestra época. Es una situación socio-existencial que Devereux ha planteado como el advenimiento de sociedades sin identidad y en el campo psicopatológico, como "desórdenes estructurales de base", "... designaremos con el término de desórdenes tipo las enfermedades psicológicas propias del tipo de sociedad que las provoca" (Deveureux, 1973, p. 83)

El proceso de atomización social que este modo de estructurar las relaciones entre la subjetividad y el mundo, comportan, se presenta como una estrategia fatal de poder en función del control y la dominación eficaz. La individualización y objetualización de la subjetividad, prefigura su fragmentación y posterior pulverización,

que facilita la caída en la masificación abstractificante en que se constituye lo social y que Baudrillard ha descrito como la muerte de lo social: "lo social existió totalmente, pero ya no existe.....existió como espacio coherente, como principio de realidad: la relación social, la producción de relaciones sociales, lo social como abstracción dinámica, lugar de conflictos y de contradicciones históricas, lo social como estructura y como apuesta, como estrategia y como ideal. Lo social no siempre fue una añagaza, ni un resto" (Baudrillard, 1993, p.188).

IV. Complejidad, subjetividad y mundo de la vida

Hasta la Modernidad el hombre disponía de una noción de mundo realmente consistente y útil a su propósito de fundar su subjetividad. El concepto de polis hacía alusión a un cosmos estructurado de manera tal que no era posible sustraerse de él sin caer en el vacío total que llevaba al individuo a la muerte social y existencial. El mundo de la Edad media es por referencia a un universo escatológico que remite a una comunidad universal ubicada más allá de la comunidad real; y por lo tanto trascendente a las estructuras políticas terrenales. La Modernidad recupera posteriormente esa misma noción de Polis grecorromana a través del Renacimiento, para convertir al ciudadano en un sujeto-individuo que debía de realizar el imaginario de progreso y emancipación, a propósito de la idea de una voluntad racional que auguraba un "porvenir radiante" para la humanidad. Ya en el siglo veinte y con el desencanto a cuestas, el sueño se convierte en pesadilla con el advenimiento de una razón totalitaria que proclama que la "metafísica de la subjetividad" no había sido mas que una alucinación colectiva y que por lo tanto quedaba históricamente justificado la implantación de un estado de la dominación total encarnado en el Tercer Reich, el estado fascista italiano y el estado estalinista, fundamentalmente. Auschwitz y los Gulags, estaban en el centro de una conciencia histórica que proclamaba la muerte de los sueños de una "comunidad universal" de raigambre cristiana y medieval, y se abrazaba a la idea de un estado devenido en razón absoluta en el cual el sujeto perdía su individualidad, fundiéndose en procesos de colectivización abstractificante orientados a la realización del sentido de una historia finalizada.

Hoy, ninguna propuesta política, en términos de una proposición fuerte, conduce el proceso del anclaje de los sueños de redención de la gente, en una utopía salvacionista. La sugerencia de la democracia

liberal, como meta de la historia finalizada de la humanidad, propuesta por Fukuyama como la utopía liberal-democrática, es aceptada universalmente más con resignación porque no hay más alternativa, que por considerar las bondades salvíficas que en si pueda tener la oferta.

Como tal, la democracia ha significado en muchos sentidos un totalitarismo que ya no está concentrado en el estado como espacio de condensación del poder para la dominación, sino que se encuentra diseminado en diversos espacios de localización que van desde las estructuras económicas (lobby empresarial), los partidos políticos, los mass-media, el mercado hasta Internet.

Conclusiones

La ausencia de un *grund* o fundamento ético (Vattimo, 1992) en la vida social hoy, deja sin piso trascendente la realización de la experiencia de sí, y por lo tanto del otro y del mundo. Las gramáticas discursivas que producen síntesis totalizadores o sistemas totalizadores de sentido para el mundo, actúan también para producir síntesis en la experiencia del sí mismo. El objetivo estratégico de estos sistemas es generar cosmos en el caos; vale decir, orden en el desorden. Proveen de orientación y direccionalidad al yo, equipándolo con un relato estructurador de las experiencias que naturalmente tienden al caos por el carácter de complejidad que revisten. La complejidad laberíntica de la arquitectura de lo social en los tiempos actuales, no contribuyen en nada a la construcción de un "piso seguro" proveedor de sentido a la experiencia del sí mismo, de tal manera que ésta se torna excesivamente caótica, difícil de digerir a la luz de los paradigmas tradicionales de construcción de la experiencia de sí mismo y del concepto de mundo y del otro, como referencias cardinales en el trabajo de producción y reproducción del sentido. Un estado de anomia simbólico-existencial, constituye la naturaleza del modo de producción de la experiencia en la contemporaneidad. ¿Quién soy?, ¿Quién es el Otro? ¿Qué es el mundo?, y ¿Adonde voy yo y adónde va al mundo?; son interrogantes que tenían respuestas sólidas y contundentes en las civilizaciones tradicionales y en la Modernidad. Sin embargo, en esta época, la lógica que permite construir el silogismo de la existencialidad es mas bien borrosa y tiende fuertemente a la incertidumbre. Ya no está claro que en el interior del yo sea posible encontrar una centralidad

que me permita la investidura del sentido eminente a las experiencias de sí mismo y del mundo. Ya no hay centralidades y el código que me permite darle sentido a las cosas, se registra en un dispositivo externo, más que interno. El mercado, la ciencia-técnica y las estructuras mediáticas, constituyen los espacios proveedores de sentido a la experiencia, pero ya no hay un paradigma central sino una multiplicidad de paradigmas, a veces contradictorios, que generan a su vez experiencias caóticas.

El discurso médico-psiquiátrico, brinda una plataforma de sentido a la subjetividad psicóticamente desintegrada, a propósito del caos que la crisis paradigmática del pensamiento multidimensionalmente (Morin, 1996) planteado en el ámbito de lo social cotidiano, significa. La sobresaturación de significaciones en el yo, por efectos de un mundo caótico, no puede ser digerida con las estructuras tradicionales de producción subjetiva; de ahí que se haga necesario la intervención de mediaciones simbólicas provenientes de códigos que no tienen que ver ya con las estructuras del mundo de la vida, sino con el sistema de la racionalidad técnico-instrumental.

De esta manera, la psiquiatría se convierte en un operador de sentido para la subjetividad, creando un concepto de mundo y un modo de producción de experiencias, desde el lugar de un discurso cognitivo-instrumental, que racionaliza las percepciones, antes caóticas y ahora ordenadas de acuerdo a un tejido coherente. La adaptación mecánica a la realidad de un mundo definido con arreglo a las coordenadas propias de una civilización que gira en torno al paradigma de una racionalidad de mercado, constituye el horizonte ético de una intervención que está enderezada fundamentalmente hacia la reproducción del orden socialmente establecido. La inserción de la subjetividad en el plano de lo real desde esta perspectiva, es subsidiaria de un principio de razón absoluta, pues no admite la posibilidad de racionalidades alternativas a una racionalidad que se asume como única (pensamiento único). De esta manera quedan descartados por irrelevantes y productores de ruido, las voces del inconsciente colectivo que provenientes del "mundo de la vida", pugnan por entrar al escenario del espacio público de la comunicación. Son esas mismas voces las que regresarán en forma de alucinaciones y delirios, pero ya codificadas por la razón psiquiátrica en términos de formas clínicas y patológicas de la subjetividad.

Bibliografía

- Baudrillard, Jean. (1993). Cultura y simulacro. Barcelona. Edit. Kairós.
- Devereux, George. (1973). Ensayos de Etnopsiquitría general. Barcelona. Edit. Barral.
- Foucault, Michel. (1986). Historia de la locura en la época clásica. Tomo I. Méjico. FCE.
- _____. (1989). Tecnologías del Yó. Barcelona. Edit. Paidós.
- Habermas, Jüsgen. (1989). Teoría de la acción comunicativa. Tomo I. Buenos Aires. Edit. Taurus.
- _____. (1990). Teoría de la acción comunicativa. Tomo II. Buenos Aires. Edit. Taurus.
- Morin, Edgar. (1996). Introducción al pensamiento complejo. Barcelona. Edit. Gedisa.
- Ricoeur, Paul. (1996). Sí mismo como otro. Méjico. Edit. S. XXI.
- Vattimo, Gianni. (1992). Más allá del sujeto. Barcelona. Edit. Paidós.